

HISTORIA DE UNA ORQUESTA, UN MAESTRO Y

El 24 de junio se cumplieron veinticinco años de la primera aparición en público de la Orquesta Sinfónica Venezolana. A las nueve y quince minutos de la noche del 24 de junio de 1930, después de estar ensayando por espacio de largo tiempo, el público de Caracas pudo deleitarse con el primer concierto del máximo conjunto orquestal venezolano, que tanta importancia tiene dentro de la tradición artística venezolana en el segundo cuarto del presente siglo.

Esa noche de junio de 1930 fue inolvidable entre las que ha registrado en su historia el Teatro Nacional. Forjador de una generación, forjador de este conjunto fue el Maestro Vicente Emilio Sojo, a quien toda la nación rinde el homenaje de su respeto y cariño. Para Venezuela la Orquesta Sinfónica constituye uno de los motivos más puros, permanentes y altos de orgullo nacional.

Sobre los orígenes de la Orquesta y el ambiente en que en los lejanos años de su fundación se movieron el Maestro Sojo y sus discípulos ha escrito el profesor Luis Felipe Ramón y Rivera esta homenaje a la brillante institución artística en el primer cuarto de siglo de su vida.

Cuando yo conocí al maestro Sojo, tenía el bigote negro, hacía tabacos en "La Rinconada" (de Santa Capilla a Principal) y daba clases de teoría y solfeo en la Academia de Música. Era en 1925. Para ese año nadie pensaba en orquestas sinfónicas ni en orfeones. De Orfeo sabíamos que existía y que tenía una lira en la mano, pero no que pudiera producir orfeones; y en cuanto a orquestas, funcionaban las del Rialto y del Calcaño en las funciones principales, porque en las otras nos arreglaban a los muchachos con valesitos de piano desafinado. Además, desde luego, el maestro Pedro Elías, el maestro Farías y otros que yo no pude conocer entonces, tenían sus orques-

tas para cada festividad parroquial. Los músicos ganaban de siete a diez bolívares por una misa, cantidad que en las más solemnes ocasiones, con Tercia, Sexta, Nona y Completas, podía llegar hasta catorce.

Entrar a la Academia de Música por aquellos años, era como visitar un convento: los corredores exudaban humedad, por lo que la cal de las paredes se caía en interminables costras que nosotros a veces también gozábamos en arrancar. Como para esos años la Academia tenía solamente la mitad del edificio, no había acceso a los patios y corredores inferiores—especie de sótanos—que ocupaba la Escuela de Artes Plásticas. Pero algunas veces, no sin cierto

temor a la oscuridad que por esos sótanos reinaba, nos aventurábamos a bajar para ver de cerca aquellas especies de celdas, con entradas y salidas que se antojaban laberínticas en la vieja estructura colonial. Recuerdo ahora, que algunos años más tarde, ya medio hombrecitos, alguien susurró en nuestros oídos un secreto extraordinario: en uno de aquellos salones de abajo, húmedo y lleno de montones de barro—era el lugar destinado a la clase de escultura—, podía verse, si mirábamos con mucho cuidado por el huequito de la cerradura, o por otro practicado en la ventana, una mujer desnuda. ¡Gran Dios, una mujer desnuda! Qué conmoción, qué aleteos del corazón! ... Mire usted si nos sorprendían! ¡Qué momentos y qué carreras furtivas tan ajenas a nuestra lección de solfeo... y qué huequitos benditos y reveladores!

Pero dejemos aquellas cosas donde están, y vamos a nuestra primera lección.

Aquel señor de bigotes, que además usaba un grueso bastón con empuñadura de plata, nos puso la primera lección de teoría, que nosotros aprendimos muy bien: "La música es el arte de los sonidos; se escribe y se lee con tanta facilidad como se escriben y se leen las palabras que pronunciamos. Para escribir la música y comprender su lectura, es necesario conocer los signos por medio de los cuales se es-

cribe, y las leyes que los coordinan. Véase la Nota A en la página 117".

—¡Muy bien! Ahora estudie la segunda lección. Y que pase el siguiente.

La teoría era odiosa y muchas veces incomprensible; el señor de los bigotes nos explicaba lo que no entendíamos con esa su amabilidad que hasta hoy no ha perdido, pero que a mí siempre me inspiró mucho miedo; porque era una amabilidad de sabio que tenía además, 1,80 de estatura. El solfeo en cambio, era lo más agradable. Le decíamos, "maestro, dígame la lección" (la que teníamos que aprender), y él pacientemente la cantaba con una voz dulce, hermosa, de barítono. Salíamos después a los corredores, y si por casualidad escuchábamos: **do mi, do mi, sol do**, nos acercábamos para oír la nuevamente, y así, según nuestra capacidad retentiva, una o dos semanas hasta que la aprendíamos.

Caracas dormía entre tanto. No un sueño: una pesadilla. Pero nosotros no nos dábamos cuenta. Comprábamos nuestra **torta burgera** o nuestro **carato de botellita**, o nuestro vaso de fresco **guarapo**, manjares que sólo costaban un centavo cada uno, y con eso agantábamos hasta la hora de comer en casa. A veces podíamos ¡oh delicia! disponer de una locha o tres centavos, y entonces acudíamos a cualquier zaguancito o cuartico—

improvisado botiquín—, de donde salía el olor sagrado de los fritos. Allí, chisporroteando en el caldero, o sobre el plato, los pequeños tozos de bofe, bazo, hígado, con mucha sal y pimienta, esperaban nuestro asalto. Al lado, sabrosas hallaquitas de femeninas curvas nos ofrecían la compañía ideal para cada bocado frito! Era todo un jugar y comer.

Y así pasaron algunos años hasta llegar a aquel tan importante para Venezuela, de 1930. En esta fecha el país debía recordar con íntimo recogimiento el primer centenario de la muerte del Libertador. Bolívar muerto, muerta también la Libertad, poco podía esperarse de aquella celebración. Hubo sin embargo dos ofrendas de alto valor espiritual, que perduran en el corazón de la Patria: una, el sacrificio de unos cuantos hombres entre las esquinas de Cárcel y Monzón; la otra, el comienzo de una tarea de cultura que se engalanaba con dos nombres sencillos: el Orfeón Lamas y la Orquesta Sinfónica Venezuela. (Ambos organismos habían comenzado a dar señales de vida uno o dos años antes, pero fué en ese 1930 cuando quedaron firmemente constituidos.) El primero de estos hechos merece recordarse también, por lo extraordinario: Para la una de la tarde del 17 de diciembre —ya Caracas había empezado a modernizarse—, había sido

titución artística en el primer cuarto de siglo de su vida.

Cuando yo conocí al maestro Sojo, tenía el bigote negro, hacía tabacos en "La Rinconada" (de Santa Capilla a Principal) y daba clases de teoría y solfeo en la Academia de Música. Era en 1925. Para ese año nadie pensaba en orquestas sinfónicas ni en orfeones. De Orfeo sabíamos que existía y que tenía una lira en la mano, pero no que pudiera producir orfeones; y en cuanto a orquestas, funcionaban las del Rialto y del Calcaño en las funciones principales, porque en las otras nos arreglaban a los muchachos con valsitos de piano desafinado. Además, desde luego, el maestro Pedro Elías, el maestro Fariás y otros que yo no pude conocer entonces, tenían sus orques-

tas para cada festividad parroquial. Los músicos ganaban de siete a diez bolívares por una misa, cantidad que en las más solemnes ocasiones, con Tercia, Sexta, Nona y Completas, podía llegar hasta catorce.

Entrar a la Academia de Música por aquellos años, era como visitar un convento: los corredores exudaban humedad, por lo que la cal de las paredes se caía en interminables costras que nosotros a veces también gozábamos en arrancar. Como para esos años la Academia tenía solamente la mitad del edificio, no había acceso a los patios y corredores inferiores—especie de sótanos—que ocupaba la Escuela de Artes Plásticas. Pero algunas veces, no sin cierto

en la ventana, una mujer desnuda. ¡Gran Dios, una mujer desnuda! Qué conmoción, qué aleteos del corazón! . . . Mire usted si nos sorprendían! ¡Qué momentos y qué carreras furtivas tan ajenas a nuestra lección de solfeo . . . y qué huequitos benditos y reveladores!

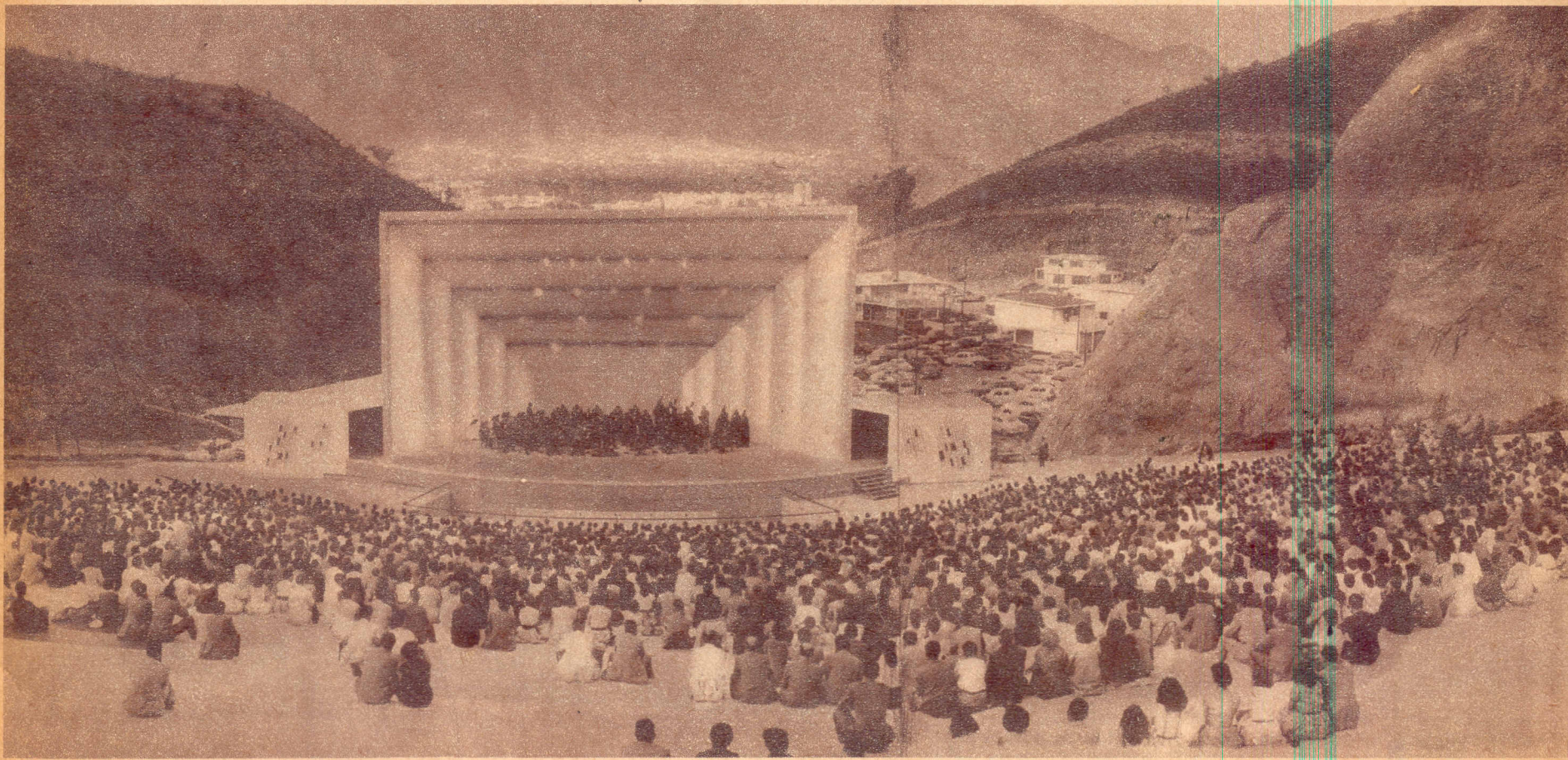
Pero dejemos aquellas cosas donde están, y vamos a nuestra primera lección.

Aquel señor de bigotes, que además usaba un grueso bastón con empuñadura de plata, nos puso la primera lección de teoría, que nosotros aprendimos muy bien: "La música es el arte de los sonidos; se escribe y se lee con tanta facilidad como se escriben y se leen las palabras que pronunciamos. Para escribir la música y comprender su lectura, es necesario conocer los signos por medio de los cuales se es-

aprender", y el pacientemente la cantaba con una voz dulce, hermosa, de barítono. Salíamos después a los corredores, y si por casualidad escuchábamos: **do mi, do mi, sol do**, nos acercábamos para oír-la nuevamente, y así, según nuestra capacidad retentiva, una o dos semanas hasta que la aprendíamos.

Caracas dormía entre tanto. No un sueño: una pesadilla. Pero nosotros no nos dábamos cuenta. Comprábamos nuestra **torta burrera** o nuestro **carato de botellita**, o nuestro vaso de fresco **guarapo**, manjares que sólo costaban un centavo cada uno, y con eso agantábamos hasta la hora de comer en casa. A veces podíamos ¡oh delicia! disponer de una locha o tres centavos, y entonces acudíamos a cualquier zaguancito o cuartico—

ador. Bolívar muerto, muerta también la Libertad, poco podía esperarse de aquella celebración. Hubo sin embargo dos ofrendas de alto valor espiritual, que perduran en el corazón de la Patria: una, el sacrificio de unos cuantos hombres entre las esquinas de Cárcel y Monzón; la otra, el comienzo de una tarea de cultura que se engalanaba con dos nombres sencillos: el Orfeón Lamas y la Orquesta Sinfónica Venezuela. (Ambos organismos habían comenzado a dar señales de vida uno o dos años antes, pero fué en ese 1930 cuando quedaron firmemente constituidos.) El primero de estos hechos merece recordarse también, por lo extraordinario: Para la una de la tarde del 17 de diciembre—ya Caracas había empezado a modernizarse—, había sido



Brillante actuación realizó la Orquesta Sinfónica en los pasados Festivales Internacionales de Música, efectuados en la Concha Acústica de Bello Monte.

UNOS MUCHACHOS

Por LUIS FELIPE
RAMON y RIVERA

decretado un minuto de silencio y con ese motivo, se había reunido en la Plaza Bolívar gran cantidad de personas. Según se supo después, decían que desde el Panteón — que fue inaugurado ese día— bajó un grupo de nombres dando vimas al Libertador, a la Patria y quién sabe a cuántos símbolos más. Algunos, ya muy exaltados, arrancaron banderas de las ventanas y con esas banderas desplegadas, el grupo bajó hasta la Plaza Bolívar en donde se les juntó más gente. Un sentimiento unánime los movió seguramente hacia la Rotunda y hacia la muerte: siguieron bajando por las calles casi desiertas en ese día de luto, y las gentes que veían pasar el grupo se espantaban de oír cómo gritaban pidiendo la libertad de los presos. Así llegaron frente a la Rotunda. Mi padre y yo, dos cuadras más abajo, donde vivíamos, nos asomamos al oír los primeros disparos. Presenciamos la desbandada de la gente, vimos cómo cayeron en la esquina de Monzón, abaleados, varios de los hombres que corrían despavoridos; y en medio de los ayes, las carreras, el terror, de otro lado de la calle vimos salir otro grupo de agentes de La Sagrada, que, procedente del vecino Cuartel del Mamey, echaba rodilla en tierra y con la mayor tranquilidad ejercitaba su puntería contra el disperso grupo de gente.

Aquello empañó la misa que habíamos cantado, el Orfeón y la Orquesta Sinfónica esa mañana en el Panteón, y empañó la fecha centenaria del Libertador.

Pasado algún tiempo este hecho se fue hundiendo en el olvido, y otros acontecimientos cambiaron la faz de nuestra vida política, liberada de Gómez cinco años más tarde.

gorra”.

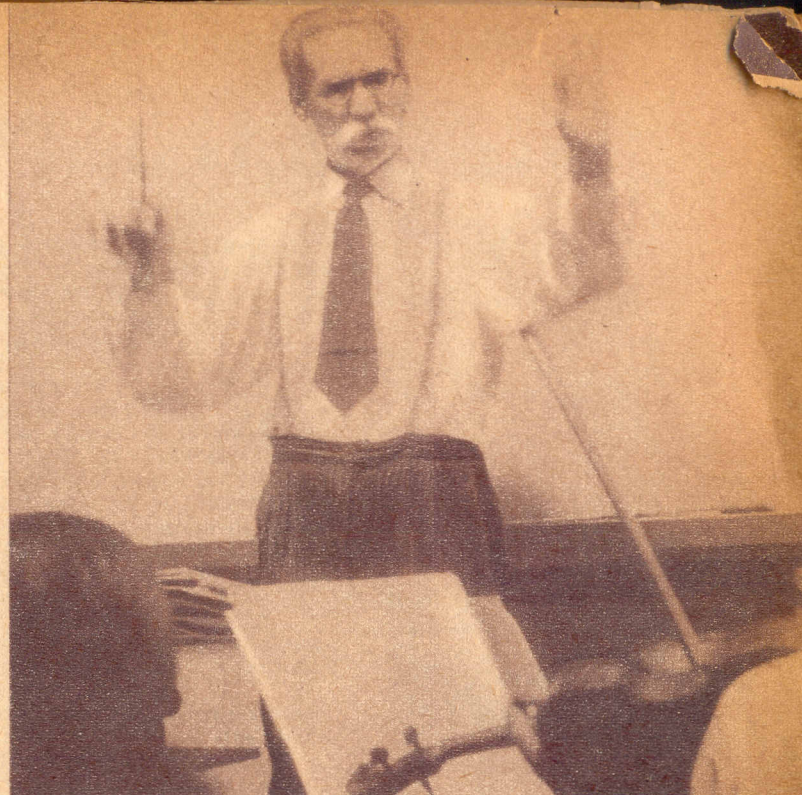
Allí fueron mis primeros pasos en el conocimiento y la orientación de mis facultades artísticas. Sojo, que para muchos no fue maestro de música, lo fue en cambio, de estética. Gracias a él conocimos y aprendimos a valorar a Debussy, y se debe a este punto de partida nuestra comprensión de la música moderna. Pero su palabra y sus libros no fueron únicamente de música, sino que con él aprendimos muchos, yo entre ellos, a valorar las artes plásticas y la literatura. Una vez, recuerdo este caso siempre con mucho placer; estábamos sentados a nuestra mesa del café, el maestro Sojo, Figueredo y no sé qué otros muchachos de entonces. La conversación giró de pronto hacia la novela, y en un determinado momento todos se esforzaban por dar con el nombre de un novelista español muy popular... Yo, repasando mis conocimientos, con el deseo vano de ofrecer el nombre buscando, musité: Pérez Escrich!... y un grito rotundo del maestro Sojo me hizo brincar en el asiento: ¡No chico!...

Desde ese día preferí callarme la boca cuando hablaban de novelas, y leer un poco más.

Después del café nos íbamos a ensayar, a aguantarle los gritos al maestro, y a aprender tantas cosas más, saludables en el ejercicio de la buena música; cosas que como he dicho en otra ocasión, se mantienen aún vigentes, porque son cosas de Verdad.

Del maestro Sojo lo que nunca me gustó fué su hermetismo. Yo fui uno de sus alumnos más rebeldes y más atrevidos. A veces, con una valentía d'enfant terrible le largaba estupideces que él perdónaba siempre con una piadosa

ca, fueron de gran satisfacción espiritual. Con ese despertar de Caracas a una vida musical más efectiva, coincidió el despertar de todo el país, a partir de 1936, a una vida mejor en todos los aspectos. Al alejarme de ambos organismos culturales, muchos de los más gratos recuerdos de mi vida se quedaron allí. Y poco a poco, en sucesivas revisiones interiores fui abonando, o mejor, rescatando a mi vieja deuda con el Maestro, el saldo de molestias y de infantilidades con que tantas veces lo importuné, en aquellas ocasiones en que a su redor, tantos muchachos ansiosos de saber le bebíamos además el café y hasta le comíamos algún almuerzo...



Lucas

TRU-POISE

El zapato perfecto para dama

Zapatillas
de moda

PUNTAS AGUDAS

En Patente. Piel de Rusia roja y azul. Gamuza blanca y negra. Tacones 5 1/2 carrete y 8 XV fino. Con su plantilla de corcho

"DAREXA"



M-381

bajando por las calles casi desiertas en ese día de luto, y las gentes que veían pasar el grupo se espantaban de oír cómo gritaban pidiendo la libertad de los presos. Así llegaron frente a la Rotunda. Mi padre y yo, dos cuabras más abajo, donde vivíamos, nos asomamos al oír los primeros disparos. Presenciamos la desbandada de la gente, vimos cómo cayeron en la esquina de Monzón, abaleados, varios de los hombres que corrían despavoridos; y en medio de los ayes, las carreras, el terror, de otro lado de la calle vimos salir otro grupo de agentes de La Sagrada, que, procedente del vecino Cuartel del Mamey, echaba rodilla en tierra y con la mayor tranquilidad ejercitaba su puntería contra el disperso grupo de gente.

Aquello empañó la misa que habíamos cantado, el Orfeón y la Orquesta Sinfónica esa mañana en el Panteón, y empañó la fecha centenaria del Libertador.

Pasado algún tiempo este hecho se fue hundiendo en el olvido, y otros acontecimientos cambiaron la faz de nuestra vida política, liberada de Gómez cinco años más tarde.

El Orfeón y la Orquesta siguieron su trayectoria. Recuerdo que ensayábamos —lo mismo que se hace ahora— en el último salón del edificio de la Academia, que fue siempre el salón de clases del Maestro. (Una de las canciones iniciales del repertorio del Orfeón, "Vuela Alma Mía", empezó siendo la realización de un "bajete"— ejercicio de armonía— que solfeamos una tarde los alumnos de solfeo más adelantados.) Sus devotos discípulos: Tomás Genatios, Frank de Sola, Teo Capriles, "el negrito Ojeda", Figueredo y muchos otros, así como los compañeros fundadores del Orfeón, íbamos todas las tardes en unión del maestro, antes del ensayo, a tomarnos un café en un botiquín cercano: El maestro Sojo era el "paganini" perpetuo, salvo cuando alguno de los demás tenía plata para brindar. Yo, siempre con los bolsillos vacíos tomaba mi café "a la

nuestra mesa del café, el maestro Sojo, Figueredo y no sé qué otros muchachos de entonces. La conversación giró de pronto hacia la novela, y en un determinado momento todos se esforzaban por dar con el nombre de un novelista español muy popular... Yo, repasando mis conocimientos, con el deseo vano de ofrecer el nombre buscando, musité: Pérez Escrich!... y un grito rotundo del maestro Sojo me hizo brincar en el asiento: ¡No chico!...

Desde ese día preferí callarme la boca cuando hablaban de novelas, y leer un poco más.

Después del café nos íbamos a ensayar, a aguantarle los gritos al maestro, y a aprender tantas cosas más, saludables en el ejercicio de la buena música; cosas que como he dicho en otra ocasión, se mantienen aún vigentes, porque son cosas de Verdad.

Del maestro Sojo lo que nunca me gustó fué su hermetismo. Yo fui uno de sus alumnos más rebeldes y más atrevidos. A veces, con una valentía d'enfant terrible le largaba estupideces que él perdónaba siempre con una piadosa sonrisa, o que en otras, me volvía a mis límites con alguna prudente observación. Una frase que entonces era como un Credo, corría siempre de boca en boca de sus alumnos, especialmente entre los del bello sexo: "¡El maestro Sojo sabe mucho!" Y a mí me reventaba la frase, porque era cierto que sabía mucho, pero yo también quería saber. Y seguramente como contestación a una de mis impertinencias, un día me dijo con mucha sabiduría: "Desgraciado el alumno que no sea capaz de superar a su maestro". Al amparo de esta máxima, no hay duda, se han formado sus mejores alumnos.

Cuando dejé de cantar en el Orfeón, fue para ingresar a la Orquesta Sinfónica, que en esos primeros años daba un concierto cada mes, y de él nos quedaban 30 o 40 bolívares como recompensa económica. Mis años de actuación como violinista en la Sinfónica

siosos de saber le bebíamos además el café y hasta le comíamos algún almuerzo...

Lucas

TRU-POISE

El zapato perfecto para dama

Zapatillas de moda

PUNTAS AGUDAS

En Patente. Piel de Rusia roja y azul. Gamuza blanca y negra. Tacones 5 ½ carrete y 8 XV fino. Con su plantilla de corcho "DAREXA"



M-327

Este modelo se ofrece en una numeración extraordinaria de varios anchos.

Angosto	Mediano	Ancho
AA - 5 al 9 ½	A - 5 al 9	C - 3 al 9
AAA - 5 al 9	B - 4 al 9	



M-381

Bs. 55

ZAPATERIA

La Francesita

Edificio "SAN FRANCISCO"
San Francisco a Pajaritos

TELEF. 85598

CARACAS